



Tesoro de la juventud

Libro de la poesía

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tesoro de la juventud

Libro de la poesía*

En las páginas de este libro hallarán nuestros lectores una copiosa colección de poesías de la América Latina, de España, de otras varias naciones de Europa, etc.; poesías de diversos géneros y estilos literarios, en la que la perfección de la forma corre pareja con la belleza y elevación del pensamiento; himnos nacionales; cantos patrióticos; narraciones amenas y educativas; cuentos festivos en que la agudeza ingeniosa o la ocurrencia feliz hacen asomar la risa a los labios; escogidos apólogos y otras composiciones de deliciosa amenidad. Recorreremos todo el vasto y hermoso jardín de la literatura poética, recogiendo de entre sus flores más lozanas las de más regalado y confortador aroma; las que mejor hacen sentir y pensar; las que con mayor gallardía ostentan las galas de la verdadera inspiración.

En esta primera parte damos varias poesías antiguas, tanto para que sirvan de ilustración a lo que dejamos dicho sobre el desenvolvimiento de nuestro idioma y de nuestra lengua castellana, como por su más relevante mérito y el vivo interés que sugiere su lectura. Sin embargo, no pondremos composiciones de todos los autores cuyos nombres hemos citado por que las producciones de algunos de ellos no se amoldan del todo a nuestro plan.

ALABANZAS DE LA VIDA CAMPESTRE

La poesía con que encabezamos nuestra colección, es de los primeros tiempos de la lengua castellana, cuando ésta no había adquirido aún la riqueza y galanura que ostenta en épocas posteriores. Así y todo, léense con delicia estas estancias, por el entusiasmo por el que el ilustre poeta español Iñigo Lopez de Mendoza, Marqués de Santillana (1398 – 1458), pondera los sencillos trajines y esparcimientos del campo, que ahuyentan los vicios y pasiones de la vida cortesana.

¡ **BENDITOS** aquellos que con el açada,
Sustentan su vida é viven contentos,
E de quando en quando conosçen morada
E suffren pasçientes las lluvias e vientos !...
Ca estos no temen los sus movimientos,
Nin saben las cosas del tiempo passado,
Nin de las pressentes se façen cuydado,
Nin las venideras dó han nasçimientos.

¡ Benditos aquellos, que siguen las fieras
Con las gruesas redes e canes ardidos,
E saben las trochas e las delanteras
E fieren del arco en tiempos devidos !
Ca estos por saña non son conmovidos
Nin vana cobdiçia los tiene sujetos;
Nin quieren teshoros, nin sienten deffetos,
Nin turban temores sus libres sentidos.

¡ Benditos aquellos que, cuando las flores
Se muestran al mundo, desçiben las aves,
E fuyen las pompas e vanos honores.
E ledos escuchan sus cantos suaves !
¡ Benditos aquellos que en pequeñas naves
Siguen los pescados con pobres trãynas !
Ca éstos non temen las lides marinas,
Nin çierra sobre ellos Fortuna sus llaves.

CADUCIDAD DE LO TERRENO

La melancólica tristeza que causó en el ánimo de Jorge Manrique (1440 –1479) la muerte de su padre, el conde de Paredes se desahoga en estas bellísimas estrofas, que han merecido ser traducidas a muchas lenguas extranjeras. La armonía y cadencia sencilla y elegante de las estancias ha movido tambien a ilustres compositores a ponerles música.

RECUERDE el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte,
Tan callando
Cuán presto se va el placer;
Cómo después de acordado,
Da dolor;
Cómo, a nuestro parecer,
Cualquier tiempo pasado
Fue mejor.
Y pues vemos lo presente,
Cómo en un punto se es ido
Y acabado,
Sí juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,

Pensando que ha de durar
Lo que espera.
Más que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
Que va a dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir:
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos;
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

Este mundo es el camino.
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Más cumple tener buen tino,
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenecemos;
Así que, cuando morimos,
Descansamos.

¿ Qué se hizo el Rey Don Juan ?
Los infantes de Aragón,
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán,
Qué fue de tanta invención
Como trajeron ?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
¿ Fueron sino devaneos ?
¿ Qué fueron sino verduras
De las eras ?

NOCHE SERENA

Al contemplar en una noche serena el firmamento azul, cuajado de estrellas, el alma siente el anhelo de lo infinito. El acordado rodar de los mundos por los ámbitos inmensos del espacio nos hace comprender que nuestro planeta es un breve punto comparado con la grandeza del universo. Tales son los principales pensamientos que palpitan en la siguiente oda de Fray Luis de León (1528 – 1591), primer poeta lírico español y uno de los primeros del mundo por la sublime elevación de sus pensamientos.

Cuando contemple el cielo
De innumerables noches adornado,
Y miro hacia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente;
La lengua dice al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi alma, que a tu alteza
Nació, ¿ qué desventura
La tiene en esta cárcel baja,
Obscura ?
¿ Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido ?
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado,
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡ Ay ! despertar, mortales;
Mirad con atención en vuestro daño;
¿ Las almas inmortales
Hechas a bien tamaño
Podrán vivir de sombra, y solo engaño ?
¡ Ay ! levantad los ojos
Aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los anteojos
Aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿ Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
A aqueste gran trasumpto,
Do vive mejorado

Lo que es, lo que será, lo que ha pasado ?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales:
La luna cómo mueve
La plateada rueda y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor le sigue reluciente y bella:
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:
¿ Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra ?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz; aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado
De honra y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda; y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece,
¡ Oh campos verdaderos !
¡ Oh prados con verdad frescos y amenos
¡ Riquísimos mineros !
¡ Oh deleitosos senos !
¡ Repuestos valles de mil bienes llenos !

A LA VIDA RETIRADA

Gozar en amable soledad de los risueños y tranquilos espectáculos de la Naturaleza, en un día libre, alegre y puro, escuchando el cantar no aprendido de las aves, en la alborada,

viendo deslizarse el arroyuelo entre márgenes cubiertas de verdura, aspirando el aromoso aliento de la brisa que rodea las flores de un bien cultivado huerto, y saboreando la paz tranquila de una refección frugal, libre de tormentosas pasiones, es para el gran lírico castellano, Fray Luis de León, la ventura más envidiable de cuantas cabe disfrutar en esta vida.

¡ QUÉ descansada vida
La del que huye del mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido !
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio Moro, enjaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera
Ni cura si encamara
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿ Qué presta a mi contento,
Si soy del vano dedo señalado ?
¿ Si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado ?
¡ Oh monte, Oh fuente, Oh río,
Oh secreto seguro deleitoso !
Roto casi el navío,
Vuestro almo reposo
Huye de aqueste mar tempestüoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza o el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves,
De que siempre seguido,
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigos,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
Por ver acrecentar sü hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar, corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido:
Los árboles menea
Con un manso rüido
Que del oro y del cetro pone olvido.

Téngase un tesoro
Los que de un falso leño se confían,
No es mío ver el lloro
De los que desconfían,
Cuando el Cierzo y el Abrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquece a porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

SÚPLICA

Cuando el amor triunfa y goza de las glorias ciertas de verse correspondido, no hay nada que tanto pavor infunda al ánimo como el pensamiento de la muerte. Tal es la idea dominante en el hermoso soneto que va continuación, es cual es obra de Lupericio Leonardo de Argensola, poeta español nacido en Barbastro, en 1559, y muerto en Nápoles (Italia) en 1613.-

IMAGEN espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el nudo fuerte,
De jaspes las paredes, de oro el techo,
O el rico avaro en el angosto lecho,
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto,
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas, descubiertas
Con llave falsa o con violento insulto,
Y déjale al amor su gloria cierta.

LA FLOR DE LA MARAVILLA

La efímera duración de la flor de la maravilla, a la que un dicho vulgar aplica la frase: “Cáta la muerta, Cáta la viva “, ha inspirado la preciosa letrilla que ponemos a continuación. Es una de las más lindas que compuso Luis de Góngora, poeta español que brilló, entre 1561 y 1621, y que usó en otro género de composiciones un estilo enrevesado y extravagante, que se llama culteranismo o gongorismo.

APRENDED, flores, de mí
Lo que va de ayer a hoy;
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mía aún no soy.

La aurora ayer me dio cuna,
La noche ataúd me dio.
Sin luz muriera, si no
Me la prestara la luna.
Pues de vosotras ninguna

Deja de morir así:
Aprended, flores, de mí...

Consuelo dulce el clavel
Es a la brevedad mía;
Pues quien me concedió un día
Dos apenas le dio a él.

Efímeras del vergel,
Yo cárdena, el carmesí:
Aprended, flores, de mí...

Flor es el jazmín, y bella
No de las más vividoras;
Pues vive pocas más horas,
Que rayos tiene la estrella.
Si el ámbar florece, es ella
La flor que contiene en sí:
Aprended, flore, de mí.....

Al alhelí, aunque grosero
En fragancia y en olor,
Más días ve que otra flor,
Pues ve los de Mayo enteros.
Morir Matavilla quiero,
Y no vivir alhelí:
Aprended, flores, de mí...

A ninguna flor mayores
Términos concede el sol,
Que al sublime girasol,
Matusalén de las flores.
Ojos son aduladores
Cuanto hojas en él vi:
Aprended, flores de mí
Lo que va de ayer a hoy;
Que ayer Maravilla fui,
Y hoy sombra mía aún no soy

AVISO CELESTIAL

¿ No es verdad, queridos lectores, que a veces sentimos sublevarnos el ánimo, al contemplar cómo triunfan en el mundo el engaño, la violencia y las malas artes, mientras la inocencia o el verdadero mérito quedan postergados y sujetos a sufrir injustas persecuciones ? . La solución de este enigma nos la da este en el verso final del soneto que

ponemos a continuación, que es uno de los mejores que posee la lírica española. Su autor, Bartolomé Bernardo de Argensola, hermano del poeta del mismo apellido, antes citado, nació también en Barbastro (España), en 1563, y , después de desempeñar importantes puestos, murió en Zaragoza, en 1631.

“ DIME, padre común, pues eres justo,
¿ Por qué ha de permitir tu pro-
videncia
Que arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude a tribunal augusto ?

“ ¿ Quién da tuerzas al brazo, que robusto
Hace a tus leyes firme resistencia,
Y que el celo que más la reverencia
Gima a los pies del vencedor injusto ?

“ Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo “

Esto decía yo, cuando riendo,
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
“ ¡ Ciego ! ¿ es la tierra el centro de las almas ? “

HAZAÑA Y NOMBRAMIENTO DE CAUPOLICÁN

Entre los españoles que emprendieron la conquista de Chile contábase Don Alonso de Ercilla, natural de Madrid, en donde nació y murió (en 1533 y 1594 respectivamente. “Tomando ora la pluma ora la espada”. Ercilla peleó y escribió al mismo tiempo su poema La Araucana, en que canta el heroico valor de los indígenas de Chile y en especial los del valle de Arauco. El trozo que aquí ponemos describe la elección de Caupolicán para el mando supremo de las tropas y los combates que siguieron a este suceso.

La gente nuestra ingrata se encontraba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es contento:
De tal manera en él se descuidaba,
Cierta señal de triste acaecimiento,
Que en una hora perdió el honor y estado,
Que en mil años de afán había ganado.
Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron

Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos a miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo a más plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego a tratarse,
Que en para breve tiempo concluirlo,
Y dar el modo y orden de vengarse,
Se junten a consulta a definirlo;
Do venga la sentencia a pronunciarse
Dura, ejemplar, crüel, irrevocable,
Horrenda a todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y no fue menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo que tardaba
Para el decreto y áspero castigo
Con muerte y destrucción del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos bárbaros, ganaron
Con no poca razón claros renombres:
Pues en tan breve tiempo alcanzaron
Grandes victorias de notables hombres
Que dellas darán fe los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado había venido:
Este fue de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido:
Tiene tres mil vasallos el guerrero
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Gayocupil, cacique bullicioso,
No fue el postrero que dejó su tierra,,
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer a todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallo tiene este famoso
Usados tras las fieras en las sierras.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de continuo.

Paicabí se juntó aquel mismo día;

Tres mil diestros soldados señorea;
No lejos Lemolemo dél venía,
Que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopía
Se dan prisa a llagar, porque se vea
Que quieren ser en todo los primeros:
Gobiernan estos tres, tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues, Elicura,
Que al tiempo y plazo había llegado
De gran cuerpo, robusto en la hechura
Por uno de los fuertes reputado:
Dice que ser sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene a su mandado
Luego llegó el anciano Colocolo,
Otros tanto y más rige este solo.

Tras éste a la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Puren en arribar no se detiene,
Seis mil súbditos este administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba.
Diestro, gallardo, fiero el semblante,
De proporción y altura de gigante.

Peteguelén, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó según parece,
Como Venecia, pueblo libertado,
Que en todo aquel gobierno más florece,
Tomando el nombre dél la señoría.
Así guarda el estado el nombre hoy día.

Éste no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos.
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupolicán el fuerte no venía.
Que toda Pilmaiquén le obedecía.
Tomé y Andalicán también vinieron,
Que eran del araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijos nos los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
Mostrando en verse juntos gran contento:
Después de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba;
Al encenderse entre todos gran ruido:
La razón de uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasión do había nacido,
Vino sobre cuál era el más valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan a las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decía
Que el cargo de mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocía.
Que si va por valor, que lo merece:
Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
Añade el jactancioso, a quien quisiere;
Y a aquel que esta razón contradijere...

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo, que el primero se procura,
Dice: “Yo no he perdido la esperanza
En tanto que éste brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare”.

De cólera Lincoya y rabia insano,
Responde: “ Tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es mi mano
Si en ella libre este bastón poseo”.
“Ninguno, dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualárseme el deseo:
Pues es más el temor que pasaría,
Que la gloria que el hecho le daría”.

Gayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime, haciéndose a lo largo,
Diciendo: “ Yo veré quien es bastante
A dar de lo que he dicho más descargo:
Haceos los pretensores adelante,
Veremos de cual de ellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,

Que más que todos juntos lo merezco”.

“ Alto,sus, que yo acepto el desafío
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner a nueva prueba lo que es mío,
Que más quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfío
A dos, a cuatro, a seis en la estacada;
Y si todos cuestión queréis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo”.

Purén que estaba aparte, habiendo oído
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio dellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande;
“ ¿Quién a imaginar es atrevido,
Que donde está Purén más otro mande? ”
La grita y el furor se multiplica,
Quien esgrime la maza, y quien la pica.

Tomé u otros caciques se metieron
En medio de estos bárbaros de presto,
Y con gran dificultad los departieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aún no tuvieron,
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique más anciano,
A razonar así tomó la mano:

“ Caciques, del estado defensores,
Codicia de mandar no me convida
A pesarme de veros pretendores
De cosa que a mí tanto era debida;
Porque según mi edad, ya veis señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.

“¿ Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinión grandes temidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos ?
Y en esto averiguarnos no queremos
Estando aún de españoles oprimidos:
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

“¿Qué furor es el vuestro, o araucanos,
Que a perdición os lleva sin sentillo ?
¿ Contra nuestras entrañas tenéis manos
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos,
Vovéis contra vosotros el cuchillo?

Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo y abatido.

“Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujeción con afrentoso
Partido, a todo el mundo manifiesto;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso:
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derramáis la sangre del estado,
Que para redimir nos ha quedado.

“ No me pesa ver la lozanía
De vuestro corazón, antes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía
Por mal gobierno el buen camino tuerza:
Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolléis vuestra patria con su fuerza;
Cortad, pues , si ha de ser de esa manera,
Esta vieja garganta la primera.

“ Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada,
Que la temprana muerte la asegura;
Pero a nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

“Pares sois en valor y fortaleza;
El cielo os igualó en el nacimiento;
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo a todos igual repartimiento,
Podeís de tener el mundo el regimiento,
Que este gracioso don no agradecido
Nos ha al presente término traído.

“En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse;
Más ha de haber un capitán primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Éste será quien más un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el más fuerte”.

Ningún hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones;
Y puesto ya silencio al parlamento,
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,

Por todos los caciques acordado,
La propuesta del viejo fue aceptado.

Podría de alguno ser aquí una cosa
Que parece sin término notada;
Y es, que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento
Sin allegar a tanto rompimiento.

Respondo a esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo, electo del senado,
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fue por nuestra nación desbaratado;
Y viniendo de paz, en un castillo,
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traído,
No me atrevo a decir lo que pesaba,
Era un macizo líbano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabí le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros lo afirmaba,
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar a siete jamás pudo.

Gayocupil al tronco aguija presto,
De ser el más valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto,
Lo deja a las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, joven dispuesto,
Más no pasó de allí, y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego,
Duró seis largas horas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio día,
Y el esforzado Ongolmo más de medio,
Y cuatro horas y media Lepobía,
Que de sufrirle más no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traía,
El cual jamás en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando
Hasta que ya el vigor le fue faltando.

Elicura a la prueba se previene,
Y en sustentar el líbano trabaja:
A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera más, si fuera paja;
Tucapelo catorce lo sostiene,

Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercebido
Mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubría,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponía:
Corre ligero aquí y allá mostrando
Que poco aquella carga le impedía;
Era de sol a sol el día pasado,
Y el peso sustentaba aún no cansado.

Venía prisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose a tal tiempo más lozana;
Lincoya con la carga con la carga no convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol a medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse más que todos señalado;
Cuando Caupolicán a aquel asiento,
Sin gente a la ligera había llegado:
Tenía un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varón de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Áspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fue con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.

Viendo que Apolo ya se había escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquél se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía.
Que causó esta venida entre la gente:
Cuál se atiene a Lincoya, y cuál decía
Que es el Caupolicano más valiente:
Apuestas a favor y en contra había,
Otros, sin apostar, dudosamente
Hacia el oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Y la rosada aurora comenzaba
Las nubes a bordar de mil labores,
Y a la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores;
Ya a los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolicán viene a la prueba.

Cuando un desdén y muestra confiada,
Asiendo del troncón duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada
Se la pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
La color a Lincoya se le muda,
Poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y a toda prisa entraba el claro día;
El sol las largas sombras acertada,
Más él nunca descrece en su porfía;
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por eso flaqueza en él había;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna a ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frío,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brío
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre los altísimos ejidos
La esposa de Titón ya parecía,
Los dorados cabellos esparcidos

Que de la fresca helada sacudía,
Con que a los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecía,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faetón sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado;
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varón el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba a parecer corriendo a priesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilatada:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso más hermosa
A ver la extraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisfero:

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido había los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocán en el semblante
Más firme que al principio y más constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedía,
Y un salto dio, en lanzándole, disforme,
Mostrando que aún más ánimo tenía.
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decía:
“ Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos”.

El nuevo juego y pleito definido
Con más las ceremonias que supieron,
Por sumo capitán fue recibido,
Y a su gobernación se sometieron:
Creció en reputación; fue tan temido
Y en opinión tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
Y casi como a rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
Y están en duda muchos hoy en día,

Pareciéndoles que esto que he contado
Es alguna ficción o fantasía,
Pues en razón no cabe, que un senado
De tan gran disciplina y policía
Pusiese una lección de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
Del sabio Colocolo que miraba
La dañosa discordia y diferencia,
Y el gran peligro en que su patria andaba:
Conociendo el valor y suficiencia
Deste Caupolicán que ausente estaba,
Varón en cuerpo y fuerzas extremado,
De rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente
Para que la elección se dilatase,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupoliocán se extremase;
Y en esa dilación, secretamente
Dándole aviso, a la elección llegase,
Trayendo así el negocio por rodeo
A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
De la justa elección la fiesta honrosa;
Y el nuevo capitán ya con cuidado
De dar principio a alguna grande cosa,
Manda a Palta, sargento, que callado
De la gente más presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y a su cargo apartado los reciba.

Fueron, pues, escogidos los ochenta
De más esfuerzos y menos conocidos;
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quienes fuesen mandados y regidos:
Hombres diestros, usados en afrenta,
A cualquiera peligro apercibidos;
El uno se llamaba Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenían para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muchos fabricados,
Con foso que los ciñe en torno y cierra,
Guarnecidos de pláticos soldados
Usados al trabajo de la guerra:
Caballos, bastimento, artillería,
Que en espesas troneras asistía.

Estaba el uno cerca del asiento

Adonde era la fiesta celebrada,
Y el araucano ejército contento,
Mostrando no tener al mundo en nada,
Que con discurso vano y movimiento
Quería llevarlo todo a pura espada
Pero Caupolicán más cuerdamente
Trataba el remedio conveniente.

Había entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo más vecino:
Otros, que con formados escuadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte parte sus razones,
Caupolicán en nada desto vino;
Antes al pabellón se retiraba,
Y a los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo fácilmente
Les da industria y manera disfrazada
Con expresa instrucción, que plaza y gente
Metan a fuego y a rigor la espada;
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Después de haberlos bien amonestado
Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
La entrada a los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente española, estatuída
A la defensa della y ejercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y así los cautos bárbaros soldados
De feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos a las demandas y preguntas
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y orden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Astras fornidas de ferradas puntas;
Y así contra el castillo descuidado
Del encubierto engaño caminaban,
Y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encogidos;
Pero dentro de las cargas desatando,
Arrebatan las armas atrevidos
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados
Viendo la airada muerte tan vecina,
Corren presto a las armas alterados
De la extraña cautela repentina:
Y a vencer o morir determinados,
Cuál celada, cuál con coracina,
Salen a resistir la furia insana
De la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte;
Allí muestra su fuerza el sanguinoso
Y más que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada
Por do diese a la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro:
Ya la española gente a la india lleva
A dar de las espadas en el muro:
Ya el infiel escuadrón con fuerza nueva
Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubiertos de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos,
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros araucanos
Por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y a muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento.
Casi defensa en ellos no hallaban,
Pierden la plaza y cobran escarmiento,
Al fin de tal manera los trataron,
Que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguán y Talcahuano
Salían, cuando con paso apresurado
Asomó el escuadrón Caupolicano
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el esperado efecto vano
Y el puente del castillo levantado,
Ponen cerco sobre él con juramento

De no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que había
Demasiado temor en nuestra gente,
Más de temeridad que de osadía
Cala sin miedo y sin ayuda el puente;
Y puesto en medio dél, alto decía:
“ Salga adelante, salga el más valiente;
Uno por uno a treinta desafío,
Y a mil no negaré este cuerpo mío”.

No tan presto las fieras acudieron
Al bramar de la res desamparada
Que de lejos sin orden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los araucanos cuando oyeron
Del valiente español la voz osada,
Partiendo más de ciento presurosos
Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta;
Antes al escuadrón que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios; que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes a dos tendió por tierra,
La espada revolviendo a todos lados;
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los más amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los españoles bien armados
Armados con presteza un gran postigo,
Salen a la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el blando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento a uno castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habían salido.
Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do más pueden dañarse:
Cual los Cíclopes suelen, martillando
En las vulcanas yunques, fatigarse,

Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente;
Mas gran ventaja y diferencia había
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplía;
Pero el soberbio bárbaro impaciente
Viendo que un nuestro a ciento resistía,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca a los cristianos del asiento.

Los españoles, sin poder sufrillo,
Dejan el campo, y de tropel corriendo,
Se lanzan por las puertas del castillo.
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo:
Saben tiros y fuegos a lo alto
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento
Y aprovecharles poco, o casi nada,
De voto y de común consentimiento
Su clara destrucción considerada,
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en obscura noche deseada,
Cuando se muestra el mundo más quieto,
La partida la pusieron en efecto.

A punto estaban y a caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y a los prestos caballos aguijando,
El escuadrón embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban a Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedía,
En el pueblo de penco más vecino
Que a la sazón en Chile florecía,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residía,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteración y punta del estado.

El común siempre amigo del ruido,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acude prometido,

Sacudiendo la carga y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia a Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepción copia de gente,
Más que en ella en su dicha confiado:
El cual, si fuera un poco diligente,
hallara en pie el castillo arruinado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenía con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase
La cual a Tucapel fuese derecho,
Donde con él a tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la vía
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro había:
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecía,
Paró la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

LA ORUGA Y LA PRESUMIDA

Es debilidad reprehensible, en que incurrimos con más o menos frecuencia, la de censurar a los demás por sus defectos, sin advertir los nuestros. Pero a veces se paga cara tal presunción, y así nos lo hace ver la bonita fábula que sigue, del célebre Lope de Vega, nacido en Madrid, en 1562, y muerto en la misma villa y corte de España, en 1635. Lope de Vega, que compuso poesías en todos los géneros, es uno de los grandes genios que ha producido la Humanidad, y por el asombroso número de sus producciones, especialmente dramáticas, se le ha llamado el Fénix de los ingenios.

____ ; Vil oruga ! ; bicho infame,
 Que en la pobre flor te ensañas,
Y asquerosa el árbol dañás !
; Horror tu presencia dame !
; Huye de mí ! ____ No sentida
La oruga a tanto denuesto,
 Contestó con calma presto
 A la joven presumida:

— No es eterna mi fealdad,
Y, en cambiando en mariposa,
Halagada por lo hermosa
He de ver mi vanidad.
Tendrán mis vistosas galas,
Sin disputa, admiradores,
Y de múltiples colores
Al sol brillarán mis alas.
¿ En mí tu imagen no miras ?
Oruga al salir del lecho,
Mariposa te habrán hecho
Del tocador las mentiras.

LA BARQUILLA

En esta composición, su autor, el famoso Lope de Vega, bajo la alegoría de una barquilla que se lanza al proceloso mar, desafiando sus peligros y tormentas, se amonesta a sí mismo a huir de la vana ostentación, que suele excitar las iras de la envidia.- Esta conocidísima poesía es una de las más bellas de la lírica castellana.

POBRE barquilla mía
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola;
¿ A dónde vas perdida ?
¿ A dónde, di, te engolfas ?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves,
Te apartas animosa
De la vecina tierra
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas a las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre la rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa a costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas;

Segura navegabas;
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
A donde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que a muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas:
¿ Quién te engañó, barquilla ?
Vuelve, vuelve la proa,
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona ...
No quieras que yo sea
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas,
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan ...

LOS RATONES

Esta graciosa e intencionada composición es también de Lope de Vega.

JUNTÁRONSE los ratones,
Para librarse del gato;
Y después de un largo rato
De disputas y opiniones,

Dieron que acertarían
En ponerle un cascabel,
Que andando el gato con él,
Guardarse mejor podrían.

Salió un ratón, barbicano,
Colilargo, hociquirromo,
Y, encrespando el grueso lomo,
Dijo al senado Romano,
Después de hablar culto un rato:
“ ¿ Quién de todos ha de ser
El que se atreva a poner
Ese cascabel al gato ? ”

EL PALACIO DE LA FAMA

Los poetas tienen el don de revestir de formas sensibles las cosas más abstractas, pintándolas de modo que nos parece verlas y tocarlas. Así lo hace primorosamente Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto Rico (1568 – 1627), y uno de los literatos de fantasía más rica y brillante que han compuesto versos en castellano, presentándonos una genial descripción del alcázar de la fama.

ENTRE la tierra, el cielo, el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado,
Que aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se lo han dado:
Pues solo él y su muralla fuerte
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertos sin dormir velando:
Y con más lenguas que la mar arenas,
Ajenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña, suene,
Que de rencor las bóvedas llene.

Fama, monstruo feliz, vacío de colores,,
Es quien las torres del alcázar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela,
Favores pregonando y desfavores
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestidas, de alas y de lenguas

De unos cantos loores, de otras menguas.

UN NARIGUDO

Francisco de Quevedo es el poeta de las ocurrencias, de los juegos de palabras picarescos e intencionados, de la sátira mordaz y burlesca.- En el soneto aquí transcrito, las hipérboles exageradas hasta tocar en cómicos desatinos, hacen reír del cómico narigudo, cuanto de las estrafalarias y chistosas comparaciones del poeta. Éste, que además de ser uno de los más fecundos líricos, se distinguió también como polígrafo y moralista, nació en Madrid , en 1580, y después de desempeñar importantes cargos diplomáticos y de haberse atraído la animadversión del Conde-Duque de Olivares, murió, en 1645, víctima , en parte de la persecución de su poderoso enemigo.

ÉRASE un hombre a una nariz pegado,
Érase una nariz superlativa,
Érase una narzi sayón y escriba,
Érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
Érase una alquitara pensativa,
Érase un elefante boca arriba,
Era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,
Érase una pirámide de Egipto,
Las Doce Tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,
Muchísima nariz, nariz tan fiera,
Que en la cara de Anás fuera delito.

A LA ROSA

La rosa ha sido considerada en todos los tiempos como la reina de las flores. Ninguna de ellas puede disputarle la primacía de combinar tan armoniosamente la espléndida proporción de la forma con la elegancia del porte, la riqueza del color y la exquisita suavidad del aroma. Los poetas han cantado la pompa y galanura de sus encantos, viendo en ella el símbolo de la belleza transitoria, condenada a muerte rápida y prematura. Con expresivas y felices imágenes desenvuelve poéticamente este asunto el poeta español Francisco de Rioja (1583 – 1659) en la preciosa silva que nuestros lectores pueden ver continuación.

PURA encendida rosa,
 Emula de la llama
Que sale con el día,
¿ Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo ?
Y ni valdrán las puntas de tus ramas,
Ni tu púrpura hermosa
A detener un punto
La ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu fresco seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas
Y el oro de sus cabellos dió a tu frente.
¡ Oh fiel imagen suya peregrina !
Bañóte en su color, sangre divina,
De la Deidad que dieron las espumas,
¿ Y esto, pupúrea flor, esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo ?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes no aún las alas abrazadas,
y la vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está a morir tu vida:
Que dudo que en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento o muerte llora.

UNA CENA

En santa paz y compañía, en medio de una charla regocijada y amena, se desliza la escena e una sencilla refección nocturna, que se halla pintada magistralmente, con maravillosa animación y viveza de colorido, por Baltazar de Alcázar, poeta sevillano del Siglo XVI, la sana alegría y posible gracejo, del que reboza esta composición, hacen de ella una verdadera joya.

EN Jaén, donde resido,
 Vive Don Lope de Sosa,

Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oído.

Tenía este caballero
Un criado portugués ...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta;
Lo que se ha de cenar, junto ;
Las tazas del vino, a punto ;
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendición;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.

Franco fue, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florín cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿ De qué taberna se trajo ?
Mas ya ... de la del Castillo;
Diez y Seis vale el cuartillo,
No tiene vino más bajo.

Por Nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fue
La invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dádmelo, bebo,
Págolo y voime contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta le hallo:
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
Hizo fin: ¿ qué viene ahora ?
La morcilla, ¡ oh gran señora,
Digna de veneración !

¡ Qué oronda viene y qué bella !
¡ Que través y enjundia tiene !
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.

Pues, sús, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino.
No echas agua, Inés, al vino ;
No se escandalice el vientre.

Echale de lo tras añejo,
Porque con más gusto comas;
Dios te guarde, que así, tomás,
Como sabia, mi consejo.

Mas dí, ¿ no adoraras y precias
La morcilla ilustre y rica ?
¡ Cómo la traidora pica !
Tal debe tener especias.

¡ Qué llena está de piñones !
Morcilla de cortesanos,
Y asadas por esas manos,
Hechas a cebar lechones.

El corazón me revienta
De placer; no sé de ti.
¿ Cómo te va ? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
Más oye un punto sutil:
¿ No pusiste allí un candil ?
¿ Cómo me parecen dos ?

Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,

Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.

¡ Qué suavidad ! ¡ qué clareza !
¡ Qué rancio gusto y olor !
¡ Qué paladar ! ¡ qué color !
¡ Todo con tanta fineza !

Mas el queso sale a plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena;
Levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

A UNAS FLORES

En el siglo de oro de las letras españolas descuella como eminente poeta y dramaturgo de fama universal, Don Pedro Calderón de la Barca, nacido en Madrid, en 1600. Las hermosas muestras de su ingenio que aquí ponemos son de las que no sólo se leen con delicia, sino que se aprenden de memoria para recitarlas en ocasión oportuna.

ÉSTAS que fueron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz, que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
¡ Tanto se aprende en términos de un día !

A florecer las rosas madrugaron,
Y para envejecerse florecieron;
Cuna y sepulcro en su botón hallaron.

Tales hombres sus fortunas vieron:
En un día nacieron y espiraron;
Que pasados los siglos, horas fueron.

EL VIDRIERO Y LAS MONAS DE TETUÁN

DE una dama era galán
Un vidriero que vivía
En Tremecén, y tenía
Un grande amigo en Tetuán.

Pidióle un día la dama
Que a su amigo le escribiera
Que una mona remitiera;
Y como siempre quien ama
Se desvela en conseguir
Lo que su dama le ordena,
Por escoger una buena,
Tres o cuatro envió a pedir.

El tres o cuatro escribió
En guarismo el majadero,
Y como es allí la o cero,
El de Tetuán leyó:
“ Amigo, para personas
A quien tengo voluntad,
Luego al punto me enviad
Trescientas y cuatro monas “.

Hallóse afligido el tal;
Pero mucho más se halló
El vidriero cuando vió,
Contra su frágil caudal,

Apearce con estruendo
Trescientas monas, haciendo
Trescientas mil monerías.

Si te sucede lo mismo,
Lee sin ceros, pues es llano
Que una mona en castellano
Son cien monas en guarismo.

CALDERÓN

EL NIÑO BIEN CRIADO

A CUATRO o cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada día; y como eran
Tantas porciones iguales,
Un día se olvidó de uno.

Él, por no pedir, que es grave
Desacato en los chicuelos,
Estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
Y dijo el chiquillo: “ ¡ Zape !
¿ De qué me pides los huesos
Si aún no me han dado la carne ?

CALDERÓN

UN LOCO

HABÍA en una ciudad,
Un loco; aqeste tenía
Tan gran tema, que decía
Ser toda la Trinidad.

Un hidalgo que gustaba
De él, un vestido le dio,
Pero en dos días quedó
Tan roto como se estaba.

El hidalgo le riñó,
Diciendo: ___ ¿ Cómo has rotpido
Tan apriesa ese vestido ?
Y el loco le respondió:

— ¿ Cómo durar puede ser
En mí vestido ninguno,
Si el vestido sólo es uno,
Y somos tres a romper ?
CALDERÓN

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO

En la graciosa investiva que ahora vais a leer, el poeta agustiniano del siglo XVIII, Diego González, discípulo e imitador del Maestro León, lanza en airadas estrofas, de impecable corrección clásica, una serie de terribles imprecaciones contra un malvado murciélago, que penetrando en la habitación de Mirta, la bella poetisa, asustóla de tal modo, que dejó ésta caer la pluma y emborronó los versos que estaba escribiendo.

ESTABA Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento,
Con gracioso talento,
Una tierna canción; y porque en ella
Satisfacer a Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresión le encarecía
El fuego que en su casto pecho ardía.

Y estando divertida,
Un murciélago fiero, ¡suerte insana !
Entró por la ventana.
Mirta dejó la pluma, sorprendida,
Temió, gimió, dio voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la canción, los versos bellos
De borrones llenó por recogellos.

Y Delio, noticioso
Del caso que en su daño había pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que había la canción interrumpido
Y a su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumía,
Y así a la ave funesta maldecía:

“ ¡ Oh monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,

Visión nocturna graave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la niebla y de la noche fría,
¿ Qué tienes tú que hacer donde está el día ?

“ Tus obras y figura
Maldigan de común las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada día al alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y a su amor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que a un murciélago vil suceder pueda.

“ La lluvia repetida,
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sólo reservada
A las noches, se oponga a tu salida;
O el relámpago pronto, reluciente,
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento
No permita un mosquito a tu alimento;

“ La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue, inadvertida,
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.

“ Y luego sobrevenga
El juguetón gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte se retire y se contenga,
Y bufe y se espeluzne horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apenas toque el suelo.

“ Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,

Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento,
Que en ti llegue a notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.

“ En fin , sobre ti venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y a costa de tu daño se entretenga;
Y por acaso las uñas afiladas
En tus alas clavadas
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces a lo alto.

“ Y acuda a tus chillidos
El muchacho, y convoque a sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comúnmente desabridos;
Que a todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad o la cultura
Nos dan humanidad y más cordura;

“ Entre con algazara
La pueril tropa, al daño prevenida,
Y lanzada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oírte chillar laceren el grito
Y te llamen ¡ maldito !
Y creyéndote al fin del diablo imagen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.

“ Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas.
Y se ríen con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y a tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.

“ Y todos bien armados
De piedras, de navajas de agujones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados
(De diversión y fiesta ya rendidos),
Te embistan atrevidos,

Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.

“ Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividen, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confunden y aturullen.

“ Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones
Para encenderlos en la noche oscura,
Creando sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

“ Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, Gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan,
Y otros fingiendo voces lastimeras,
Sigam de plañideras
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar más sucio y asqueroso.

“ Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen.
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO

“ Aquí yace el murciélago alevoso,
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día.
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fría:

Acontezca tal fin y tal estrella
A áquel que mal hiciera a Mirta bella “.

FABULAS

LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo a todo el que lo advierte:
¡ Yo sí que estoy contesta con mi suerte !

 Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento
Marchaba sola la infeliz lechera
Y decía entre sí de esta manera:
“ Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero:
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero
Para sacar cien pollos, que el estío
Me rodeen cantando pío pío.

 Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino,
Con bellota y salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino
Tanto, que pueda ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.

 Llevarélo al mercado;
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero
Que salta y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano a la cabaña “.

 Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que a su salto violento
El cántaro cayó. ¡ Pobre lechera !
¡ Qué compasión ! Adios leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡ Oh loca fantasía,
Qué palacio fabricas en el viento !
Modera tu alegría.
No sea que saltando de contento
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su alcantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el bien futuro:
Mira que ni el presente está con acento seguro.*

SAMANIEGO

EL CHARLATÁN

“ Si cualquiera de ustedes
Se dá por las paredes
O arroja de un tejado
Y queda, a buen librar, descostillado,
Yo me reiré muy bien; importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito “.
Con esta relación, un chacharero,
Gana mucho opinión, y más dinero;
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
Más quiere a un charlatán que a veinte sabios.
Por esta conveniencia
Los hay el día de hoy en toda ciencia,
Que ocupan, igualmente acreditado,
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será
Doctor en elocuencia tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñaría
A hablar discreto, con fecundo pico,
En diez término, a un borrico,
Sábelo el rey, le llama, y al momento
Le manda dé lecciones a un jumento;
Pero ,bien entendido,
Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado;
Más cuando no, que moriría ahorcado.

El doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano:
“ Escuche, buen hermano,
su frescura, me espanta:
A cáñamo, me huele su garganta”.
“ No temáis, señor mío,
Respondió el charlatán, pues yo me río.
En diez años de plazo que tenemos,
El rey, el asno o yo ¿ no moriremos ? “

*Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; más no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.*
SAMANIEGO

EL RAPOSO Y EL PERRO

d

DE un modo muy afable y amistoso
El mastín de un pastor con un reposo
Se solía juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierto día
El zorro a su compadre le decía:
“Estoy muy irritado:
Los hombres por el mundo han divulgado
Que mi raza inocente ¡ que injusticia !
Les anda que circumcirca en la malicia.
¡ Ah maldita canalla
Si yo pudiera..... “ En esto el zorro calla,
Y erizado se agacha. “ Soy perdido
(Dice), los cazadores he opido
¿ Que me sucede ? “ “Nada,
No temas (le responde el camarada),
Son las gentes que pasan al mercado.
Mira, mira, cuitado,
Marchar, haldas en cinta a mis vecinas
Coronadas con cestas de gallinas “.
“ No estoy (dijo el raposo) para fiestas;
Vete con tus gallinas y tus cestas,
Y satiriza a otro porque sabes
Que robaron anoche algunas aves,

¿ He de ser yo el ladrón ? “ ___ ” En mi conciencia
Que hablé (dijo el mastín) con inocencia.
¿ Yo pensar que has robado el gallinero,
Cuando siempre te ví como un cordero ?
___ ” Cordero (exclama el zorro) no hay aguante
Que cordero me vuelva en un instante,
Si he hurtado el que falta en tu majada “
“ ¡ Hola ! (concluye el perro camarada),
El ladrón es usted según se explica “.
El estuche molar al punto aplica
Al mísero raposo,
Para que así escarmiente el cosquilloso
Que de las fabulillas se resiente,
“ Sí no estás inocente,
Dime, ¿ por qué no bajas las orejas ?
Y si acaso lo estás, ¿ de que te quejas ? ”
SAMANIEGO

EL RAPOSO ENFERMO

EL tiempo que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elvados,
Y lo mismo mira devora
Montes agigantados.
A un raposo quitó de día en día
Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte
Que él mismo conocía
Que se hallaba en garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
“ Oh vosotros, testigos
De mi hora postrera,
Atentos escuchad un desengaño !
Mis ya pasadas culpas me atormentan:
Ahora conjuradas en mi daño,
¿ No veis cómo a mi lado se presentan ?
Mirad, mirad los gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los pavos en partes diferentes
Al furor de

EL LEÓN, EL TIGRE Y EL CAMINANTE

Entre sus fieras garras oprimía
Un tigre a un caminante.
A los tristes quejidos al instante
Un león acudió con bizzaría.
Lucha, vence a la fiera y lleva al hombre
A su regia caverna: “ Toma aliento
(le decía el león), nada te asombre:
Soy tu libertador: estáme atento.
“ ¿ Habrá bestia sañuda y enemiga,
Que se atreva con mi fuerza incomparable ?
Tú puedes responder, ó que lo diga
Esa pintada fiera despreciable.
Yo, yo solo, monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado.
¡ Cuántas veces la onza, y aun el oso
Con su sangre el tributo me han pagado !
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso,
Dan el más claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas “.
“ Es verdad, dijo el hombre, soy testigo:
Los triunfos miro de tu fuerza airada:
Contemplo a tu nación amedrentada.
Al librarme venciste a mi enemigo.
En todo esto, señor (con tu licencia)
Sólo es digna del trono tu clemencia,
Sé benéfico, amable,
En lugar de despótico tirano;
Porque, señor, es llano
Que el monarca será más venturoso
Cuanto hiciere a su pueblo más dichoso “
“ Con razón has hablado
Y ya me causa pena
El haber yo buscado
Mi propia gloria en la desdicha ajena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores
Que me los ha encubierto con engaños
Una corte servil de aduladores.
*Ellos me aseguraban de concierto,
Que por el mundo todo
No reinan los humores de otro modo:
Tú lo sabrás mejor: dime, ¿ es cierto ?*

- Se ha conservado el estilo y la ortografía original

Fuente: Tesoro de la Juventud o Enciclopedia de Conocimientos. Tomo I Editorial Jackson S.A.

Digitalizado por Sonia Cortés Conde

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

